

LAS CARTUJAS VALENCIANAS Y SUS PERSONAJES HISTÓRICOS

José F. Ballester-Olmos y Anguís

© Copyright: José Fco. Ballester-Olmos y Anguís

E-mail: ballesterolmos.anguis@gmail.com

RECEPCIÓN: 18-02-2014

APROBACIÓN: 25-03-2014

LAS CARTUJAS VALENCIANAS Y SUS PERSONAJES HISTÓRICOS

José F. Ballester-Olmos y Anguís

Resumen:

El presente artículo relata la fundación y desarrollo de la Orden de la Cartuja y explica la forma de vida de los monjes y la distribución de su tiempo para la oración y el trabajo. Se trata acerca de la historia de las cartujas de Portacoeli, Valldecris, Ara Christi y Benifaçá y la descripción de sus edificios y obras de arte. Se detallan algunos aspectos históricos o novelescos relacionados con las cartujas, como los relacionados con el acueducto de Portacoeli, la figura de Bonifacio Ferrer y Valldecris, el intendente Caballero y su contencioso con el arzobispado de Valencia, y la desgracia de los presos de guerra en el monasterio de Benifaçá. Se presentan datos inéditos acerca de la iglesia gótica de la Cartuja de Portacoeli.

Abstract:

The following article relates to the founding and development of the Carthusian Order; explaining the monks way of life and how they use their time for prayer and work. The article focuses on the history of the Portacoeli, Valldecris, Ara Christi and Benifaçá charterhouses, describing their buildings and works of art. Some historical or fantastic aspects relating to the charterhouses are also explained; for example, the Portacoeli aqueduct legends, the figure of Bonifacio Ferrer and Valldecris, the *Intendente* Caballero and his dispute with the archbishopric of Valencia, and the tragedy of the prisoners of war in the Benifaçá monastery. In addition, unpublished information regarding the gothic church of the Portacoeli charterhouse is presented.

LA ORDEN DE LA CARTUJA

Para comprender el sentido de la Orden de la Cartuja hay que viajar a la Europa de finales del siglo XI. Una Europa que vive los grandes movimientos de las cruzadas y los tristes conflictos entre aspirantes al papado y con una posición clerical situada en las comodidades terrenas. Y como reacción ante esa situación de confusión surgen órdenes religiosas donde los monjes oran y trabajan. Pero la condición humana lleva al hombre a tropezar de nuevo en los mismos obstáculos y con el tiempo los religiosos comenzaron de nuevo a acostumbrarse al lujo y la comodidad, con lo cual surgieron nuevos reformadores de las órdenes religiosas.

Y así nace la orden contemplativa de los Cartujos, que es fundada en el año 1084 por Bruno de Hartenfaust de Colonia (1030-1101), un monje alemán que busca con la creación de la nueva orden un camino espiritual de pobreza y dedicación a Dios mediante rezos, plegarias y sacrificios en silencio, que sea alternativo a la riqueza y el lujo en que había degenerado la orden cluniacense, creada como reforma de la orden benedictina 174 años antes en la villa francesa de Cluny.

San Bruno quería poner en práctica un nuevo modelo de vida monástica basado principalmente en la vida contemplativa, el silencio, el diálogo con Dios y la absoluta pobreza, y esta forma de vida condicionó el tipo de arquitectura de sus monasterios. Por eso las cartujas, además de las dependencias que coinciden con las del resto de órdenes (refectorio, iglesia, almacenes, cocina, etc.), tienen en sus celdas una configuración diferente, ya que están destinadas a albergar a cada padre cartujo en vida de silencio y oración.

Antes de seguir vamos a definir el término eremita, que es un vocablo que procede del griego *eremitós* que significa “del desierto”. De ahí que eremita o ermitaño es una persona que elige profesar una vida solitaria y ascética, sin contacto permanente con la sociedad. Bien, pues los monjes cartujos son eremitas que viven en comunidad, compaginando el aislamiento con la unión para lograr llevar a cabo su vida contemplativa.

Sigamos con San Bruno y los días fundacionales allá por el año 1084. La Orden ha nacido en Francia, en Reims, donde Bruno era catedrático de teología, y el obispo de Grenoble, en Francia, le cede terrenos en la zona montañosa grenobliana de los Alpes, y allí, aquel alemán –monje y profesor– construyó una capilla rodeada de celdas, lo que dio origen a los monasterios cartujanos. Actualmente, allí encontramos *le Grande Chartreuse*, -la Gran Cartuja o Cartuja madre– que fue el modelo arquitectónico y de distribución de espacios que siguieron las siguientes cartujas de toda Europa.

La orden de la Cartuja llega al Reino de Valencia en el año 1272, y forma parte del plan del rey Jaime I de recristianización del territorio. Por eso durante los cuatro siglos siguientes la Orden tuvo un desarrollo importante y se fundaron cinco cartujas de gran riqueza y esplendor en tierras valencianas: Portacoeli (1272), Valldecris (1385), la Annunciata, a 1,5 Km de la ciudad de Valencia (1442-1446), Aracristi (1585) y Viaceli en Orihuela (1640-1681).

De aquellas cinco cartujas originarias valencianas sólo tres han logrado sobrevivir en todo o en parte al inexorable paso del tiempo y el expolio de los siglos: Portacoeli en Serra, Valldecris en Altura (Castellón) y Ara Christi en El Puig.

En 1960 nacería en Castellón la única cartuja femenina hispana, y se instaló en el monasterio de Santa María de Benifassá, ocupado originalmente por la orden del Cister y que en aquellos momentos estaba en ruinas.

Hoy las cartujas son pobreza estricta y silencio. El silencio sobrecoge. Los sacerdotes casi no salen de sus celdas, en la jerga cartujana *cubiculum*, todas dotadas de un pequeño huerto que trabajan. Las celdas están dispuestas en torno a un patio central con claustro que sirve de cementerio, lleno de cruces sin nombre, donde entierran sin ataúd a quienes fallecen.

Durante el día oran y trabajan dentro de sus cuartos, cada cual en su especialidad, haciendo cosas que puedan vender. Se pasan el día en oración y, entre rezo y rezo, atienden las obligaciones laborales. Los legos están en otra zona del monasterio. Ellos sí salen de sus celdas a trabajar los huertos exteriores. Cultivan naranjos, kiwis, viñas y hortalizas, y hacen vino. La norma general es no hablar, y si algo se puede decir en tres palabras, mejor una, para que el silencio haga más fructífera la oración.

El programa diario es de un enorme rigor. Se acuestan a las 19,30 horas y se levantan a las 23,30 para oración, maitines y laudes. Luego se vuelven a acostar a las 2,30 hasta las 6,30 y, de nuevo, a rezar y cantar en gregoriano el oficio y misa conventual, seguida de la lectura meditada, oración, Tercia, Sexta, y entre una y otra, estudio o trabajo. La comida es en solitario, a las 12, cada uno en su habitación, a donde el cocinero les va dejando la comida a través del torno. Por la tarde, Nona y Vísperas; entre una y otra, trabajo. A las 17,30 horas cena, oran, rezan Completas, se acuestan a las 19,30 horas y vuelta a empezar. Los días festivos comen en el refectorio todos juntos y de vez en cuando, hermanos y padres, por separado, salen a pasear por las cercanías, donde sí pueden hablar.

Quien más libertad tiene de desplazamientos y para hablar es el padre Procurador, una especie de apoderado o gerente. En Portacoeli es el padre Guillermo, un argentino de 42 años, con sentido del humor, inteligente y eficaz. El padre Procurador lleva adelante todos los asuntos económicos y carga con los sufrimientos de la crisis y de quienes no cumplen con su palabra. Por ejemplo, vende los productos de los campos que cultivan, y como cualquier otro labrador, sufre los impagos.

Los monjes sólo pueden recibir dos visitas al año de sus familias. A la calle sólo salen por una operación quirúrgica o para pruebas médicas. Van rapados al cero. Los hábitos son muchas veces telas viejas y ajadas. No comen nunca carne, excepto por prescripción médica, sino verduras y frutas, que ellos cultivan.

Tienen que estar psicológicamente muy preparados para esa vida espartana. A pesar de ello, la mitad son jóvenes, que llegaron un día allí y se quedaron. Hoy les llegan peticiones de información para ingresar hasta por internet.

La comunicación con el exterior la tiene el Prior, el único que puede ver la televisión, escuchar la radio o leer los periódicos para poder informar a la comunidad de

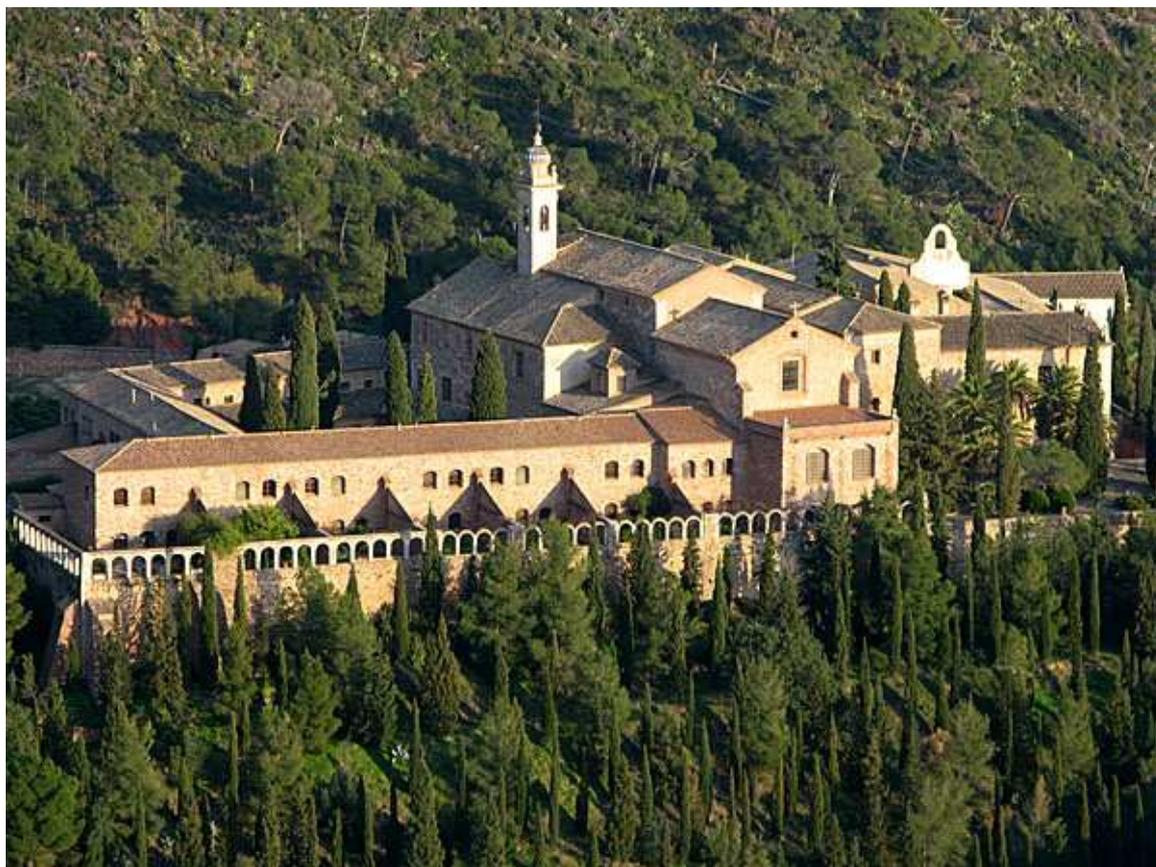
hechos graves o relevantes. Excepcionalmente la comunidad ve televisión con ocasión de hechos de gran interés para ellos.

LA CARTUJA DE PORTACOELI

Si un día se premia cualquiera de Vds. con un paseo en automóvil por las montañas que se extienden alrededor del monasterio de Portacoeli, descubrirá los incontables sabores paisajistas de la Sierra de la Calderona, y si se pertrechan y hacen un paseo senderista por sus barrancos y bosques, cuando coronen las alturas de sus montañas, Vds., –gentes cultas, sabias y sensibles, que conocen la historia de nuestras tierras y sus lugares–, entenderán por qué un grupo de monjes que se instalaron en estas tierras en 1272 le llamaron Portacoeli, es decir, la Puerta del Cielo.

Seguro que no aceptaron porque sí estos parajes para la fundación de su monasterio, pues el pequeño valle donde se ubica la actual cartuja parece extraído de los cuentos y leyendas medievales y es fácil imaginar que el pensamiento de aquellos frailes pudiese allí fluir y llegar hasta Dios a través de la oración y la meditación.

La Sierra Calderona constituye la estribación más oriental de la cordillera Ibérica, con elevaciones montañosas como Montemayor (1.015 m), Rebalsadors, (802 m), Gorgo (907 m), Oronet (742 m) y el Garbí (600 m).



Para saber el porqué del nombre de esta sierra conviene recordar que hasta mediados del siglo XX aún se podía escuchar en las calles de Valencia: ¡*Xé, açó pareix la Calderona!*, Esa exclamación se pronunciaba para referirse a quienes no tenían en cuenta el valor de la

propiedad ajena o cuando la gente se quejaba del alza de los precios del mercado. El apelativo de Calderona lo toma la sierra del nombre del paso de La Calderona, que es un collado que, partiendo de Rafelbuñol, cruza la sierra buscando la cuenca del Palancia. Por allí pasaba, en los siglos pasados, uno de los senderos que iba en busca del Camino Real de Aragón por el valle del río Palancia sin necesidad de desviarse hacia Sagunto.

Estos caminos estaban defendidos por torres y castillos, menos uno, el más oriental y el más bajo, conocido hoy como Coll de la Calderona, que no tenía guardia, por eso eran frecuentes en aquella parte del camino los asaltos de las cuadrillas de *roders*, de bandoleros, que tenían uno de sus refugios en una cercana gruta, todavía existente, que es conocida como la Cova del Lladres, y utilizaban para llegar a la zona de sus operaciones la que aún se conoce como Senda dels Lladres, que iba desde Puçol hasta Gilet, por Santo Espíritu del Monte.

Evidencia de cuanto decimos nos la dio Antonio Ponz en su “*Viaje por España*” comenzado a publicar en 1772. En dicha obra podemos leer lo siguiente: “*Después de salir de Estivella hay un camino nombrado de la Calderona; pero es de aquellos que se llaman atajos con trabajos, padeciéndolos de vez en cuando los pasajeros a quienes suelen despojar algunos forajidos*”. Y el testimonio de Antonio Ponz es el de los que deben ser tenidos por fehacientes, puesto que era natural de Bejís, en el valle del Alto Palancia, estudió en Segorbe y conocería bien aquel camino por el que tantas veces viajaría desde su pueblo natal a la capital del Reino.

El Poeta Arolas escribió una poesía que tituló “*María la Calderona*”. Esta dama fue una favorita de Felipe IV y era una célebre artista de teatro, y Arolas cuenta en su poema cómo el valido del rey, el Conde-Duque de Olivares, para acallar los escándalos de la Corte, la apartó de la compañía del soberano y la obligó a profesar en un convento. La poesía concluye cuando el Conde-Duque hace entrega al monarca de las trenzas de la Calderona como prueba de su toma de hábito.

Se dijo que la Calderona no llegó a entrar en el convento y que huyó de Madrid hacia tierras valencianas, y que habitó en una casa, cuyas ruinas todavía se podían ver por los años cincuenta, junto a la fuente *dels Ullalets*, partida que hoy recibe el nombre de la Comediana (¿corrupción de “Comedianta”?) en las cercanías de Santo Espíritu. Allí vivió y hasta dicen que se la vio muchas veces en compañía de los *roders* del collado, por lo que éste, y después toda la sierra, tomarían el nombre de la Calderona.

La sierra de Portacoeli es una pequeña formación dependiente de la Sierra de la Calderona y se encuentra aproximadamente entre los municipios de Serra y Marines. Allí se encuentra la cartuja de Portacoeli, la primera fundación de la orden cartujana de Valencia, un centro espiritual y religioso de primer orden, que alcanzó su máximo esplendor en el siglo XV.

Portacoeli aparece en los documentos con su nombre primitivo de Lullén en el año de la conquista de Valencia, cuando don Jaime I dona aquel caserío musulmán con sus tierras a Gil de Rada, que pronto lo cambió por otras propiedades con Eximén Pérez de Arenós, señor de Segorbe. Los herederos de Arenós lo vendieron a Fr. Andrés de Albalat, obispo de

Valencia, dominico, confesor, canciller y consejero de Jaime I, quien en 1272 funda la Cartuja en el valle de Lullén con cartujos del monasterio de Scala Dei, en Tarragona.

Dos años después –1274– se colocó la primera piedra del edificio inicial, cuya distribución consistía en un patio central con celdas a su alrededor y una iglesia de piedra con techo de madera dedicada a San Juan.

En los primeros años la nueva cartuja tuvo ayudas del papa y de Jaime I, y años después Pedro III, hijo de Jaime I, dona al monasterio todo el valle de Lullén, pero no sería hasta el año 1385 cuando se iniciara la construcción de la iglesia gótica y el resto de dependencias, y pudo ser gracias al patronazgo de Margarita de Lauria, hija de Roger de Lauria. Más tarde el Papa Luna le dona Onda y Burriana, y también fueron protectores de Portacoeli Pedro el Ceremonioso y su hijo Martín el Humano ante quien fue consagrada la iglesia en 1402.

En 1405 se comienza a construir el acueducto, y tres años después Pedro de Artés, Mestre Racional, mandó construir a sus expensas, junto al claustro, la capilla de Todos los Santos, con un retablo que se conserva en el Museo de San Pío V.

Alfonso el Magnánimo y Dña. María, su esposa, y después los Reyes Católicos, protegieron el monasterio, y a finales del siglo XV Portacoeli alcanzó su máximo apogeo.

La Cartuja de Portacoeli tenía señorío sobre un gran triángulo que alcanzaba los términos de Olocau, Segorbe, Serra, Náquera, Bétera y Benaguacil, con cuatro puntos de especial actividad: la Cartuja, la Pobleta, la Masía de la Torre y la Casa Blanca.

En la Guerra de Sucesión y tras ella Portacoeli sufrió grandes perjuicios por estar en el teatro de la guerra y haberse posicionado del lado del archiduque de Austria. En 1784 Carlos III logra que el Papa Pío VI desvincule a las cartujas españolas de su matriz en Francia, con lo que comienza el declive de Portacoeli. En la Guerra del Francés (1812) se produce la exclaustación de todas las órdenes merced el decreto de José Bonaparte, que disolvía las comunidades religiosas.

Trece años después –1825– regresan los cartujos. Y no habían pasado diez años desde su retorno cuando en 1835 se produce la exclaustación promovida por el ministro Gómez Becerra, y las turbas revolucionarias saquean la cartuja e incendian una parte de ella.

Al año siguiente tiene lugar la Desamortización, la cartuja sale a subasta y Vicente Bertrán de Lis, un comerciante, político liberal y banquero de la Casa Real, compra el monasterio junto con la Pobleta, la Torre y la Casa Blanca por 10 millones de pesetas, pero casi cuarenta años después los problemas con Hacienda de uno de sus descendientes llevaron al Estado a embargar todas aquellas propiedades, y pasaron a manos de Lino Alberto Reig en 1872. Pero la cosa no quedó así porque en 1874 el conjunto sale de nuevo a subasta pero esta vez en cuatro lotes: Portacoeli, la Pobleta, la Torre y la Casa Blanca. La Cartuja y sus tierras son compradas por Francisco Carbajosa.

En 1889 el médico y catedrático valenciano Francisco Moliner, ex-rector de la Universidad de Valencia y diputado a Cortes, como presidente provincial de la Cruz Roja, lanzó la idea de la creación de un sanatorio antituberculoso para pobres y con tal objetivo

arrendó la cartuja, y emprendiendo una intensa campaña de publicidad, constituyó un patronato formado por personas notables de la ciudad de Valencia. Unos días después, por real decreto, el Sanatorio para tuberculosos de Portacoeli queda bajo protección real, siendo declarado un mes más tarde institución de beneficencia particular y de utilidad pública. Para adecuar el antiguo edificio monástico a las necesidades y dependencias que exigía un sanatorio para albergar a 46 enfermos, se realizaron obras de acondicionamiento en salas y capillas.

En el año 1905 Moliner consiguió la visita del monarca Alfonso XIII, quien prometió una ayuda financiera que nunca llegó a concretarse. Pese a que Moliner se presentó a Cortes por la circunscripción de Valencia, saliendo elegido como diputado, no consiguió que el sanatorio fuese subvencionado por el Estado y ello conllevó, como consecuencia, a la cancelación del proyecto ese mismo año. (El actual edificio del hospital Dr. Moliner, es de nueva planta y fue construido después de la guerra Civil.)

Transcurridos pocos años y ya desmantelado el edificio como hospital, algunos visitantes curiosos acudían a la abandonada cartuja, que poco después pasó a ser una residencia turística cuya administración dependía del Hotel Valencia, ubicado en la capital.

En 1943 el viejo cenobio fue adquirido por la Diputación Provincial siendo Presidente Adolfo Rincón de Arellano y la corporación, tras un arduo debate, la cedió a los cartujos con la condición de que quedara restaurada en un plazo de 20 años.

En 1944 llegó una comunidad de monjes cartujos desde la cartuja de Miraflores en la provincia de Burgos y en 1947 es enviado a Portacoeli como Procurador el cartujo burgalés e ingeniero don Fernando Arnaiz, que sería hasta 1963 el artífice de la gran obra de recuperación de la cartuja. Actualmente la comunidad está integrada por un total de veintidós monjes, todos ellos españoles, excepto un novicio extranjero.

La cartuja de Portacoeli forma un armónico conjunto al que se accede a través de un espectacular puente que atraviesa el barranco llegando a la plaza de la portería en la que se encuentra una cruz en la que aparece la fecha de realización del puente: 1803. Se diferencian las dos zonas principales: la clausura y las obediencias. La clausura posee sus dos ámbitos característicos: a) El cenobítico o conventual, con la iglesia, el claustro, la sacristía, el aula capitular, el refectorio, la cocina, las capillas y la hospedería. b) El eremítico o de aislamiento personal, con dos claustros, las celdas de los cartujos, la iglesia y el claustro de San Juan.

La zona de obediencias incluye el patio de la conrería, con acceso a los huertos. Allí se localizan el horno, las bodegas, el granero, las caballerizas, leñeras, carpintería, parque de maquinaria agrícola, etc.

La cartuja no puede ser visitada, ya que está consagrada a la oración en silencio y soledad. Sólo pueden entrar hombres. No obstante, accediendo a la ladera de alguno de los montes cercanos pueden Vds. disfrutar de la panorámica del conjunto de edificios que forman el cenobio.

1.-La iglesia

En el siglo XIV se sustituyó la pequeña ermita de San Juan y se levantó un severo templo gótico, de una sola nave y sin capillas laterales, siguiendo la norma cartujana.

Posteriormente y a lo largo del tiempo el templo fue incorporando las nuevas manifestaciones estilísticas del Renacimiento, Manierismo, Barroco y Neoclasicismo, con lo que quedó conformado el armónico conjunto arquitectónico que ha llegado hasta nosotros.

Tengo que destacar que entre los siglos XVI y XVII trabajaron para Portacoeli importantísimos arquitectos y artistas entre los que se encuentran Sariñena, Orrente, Ribalta, Espinosa, Cano y Camarón. Eran tiempos del mayor esplendor cartujano, momentos en que la orden tenía en Europa 198 monasterios masculinos y seis femeninos, con 1.600 religiosos.

Despierta la mayor parte de interés del templo el conjunto de pinturas murales ejecutadas al fresco por Luis Antonio Planes. Representan escenas de la vida de la Virgen, los patriarcas de la antigua ley, las mujeres fuertes de la Biblia, distintos santos y alegorías de virtudes. En la bóveda descubrimos la Concepción de la Virgen, la Presentación, los Desposorios, la Anunciación, la Visitación y la Asunción. Así, la cartuja llegó a albergar un importante patrimonio artístico con numerosas obras de arte de las cuales la mayoría de las conservadas se encuentran ahora en museos como el de Bellas Artes de Valencia, El Prado, The Hispanic Society of America y la biblioteca Pierpont Morgan, de Nueva York. La imagen de la Virgen que presidía el altar mayor, obra de Vergara, en nuestros días ocupa ese lugar pero en la catedral de Valencia. La campana de la torre, la cruz procesional y libros canónicos están en Liria y un cáliz está en la iglesia del Patriarca. En la sacristía había valiosos tesoros de bordados, orfebrería y reliquias que desaparecieron en la exclaustación. Asimismo se perdieron las vidrieras góticas, manuscritos y prendas de vestir de S. Vicente Ferrer.

En la actualidad una bóveda de cañón y los recubrimientos verticales ocultan la primitiva techumbre ojival y los muros y ventanas góticas del templo medieval. Hace unos años, el autor del presente trabajo se descolgó con arneses de montañismo para fotografiar los elementos góticos y posteriores de los paramentos verticales ocultos y de la bóveda, pudiendo observar el magnífico esgrafiado así como las inéditas ventanas, columnas y adornos góticos que muestran un programa ornamental estilísticamente igual en su diseño y en sus detalles al que se muestra en el claustro gótico de la clausura.





El gótico oculto de la iglesia de la cartuja de Portacoeli

2.- El claustro gótico

Una puerta lateral de la iglesia comunica con el precioso claustro gótico del siglo XIV, que tiene 10 arcos apuntados, de piedra oscura, estriadas y sección octogonal.

3.-La sala Capitular

Una puerta del claustro comunica con la sala capitular con lienzos que se han perdido.

4.-El refectorio

En la pared del claustro opuesta al templo, una puerta abre al refectorio, donde comen juntos los monjes en los días festivos. Fue construido en 1740 con adornos toscanos y un zócalo y piso de azulejos valencianos.

5.-Otros claustros

Claustro con 12 celdas para monjes sacerdotes y otro con 12 celdas para hermanos legos, junto a la cocina y las oficinas. Ambos son originalmente del siglo XIV pero están reformados al gusto neoclásico del siglo XVII. El claustro del cementerio es de 1339 y está cercano al del acueducto. Aquí se enterraban los monjes que habían recibido las órdenes sagradas.

6.-El acueducto

En torno al acueducto se han tejido fantásticas historias, célebres y famosas en su tiempo. Hablan del espíritu espectral de una doncella que cruzaba el acueducto de noche para verse con su amado, un monje de la cartuja. Inspirándose en esta leyenda publicaron sendos

trabajos los escolapios exclaustros Juan Arolas y el que fuera cronista de la ciudad de Valencia, Vicente Boix, que desde su primitiva religiosidad habían evolucionado a ideas liberales.

Arolas en 1837 fue autor de un poema titulado “*La sílfide del acueducto*” y Boix, quince años después, lo fue de la novela “*El encubierto de Valencia*” (1852). En ambos textos este acueducto formaba parte del escenario de encendidas pasiones que se desarrollaban en el interior de la cartuja.

El poema de Juan Arolas llegó a estar prohibido por la censura eclesiástica, y cuenta que un joven de humilde familia llamado Ricardo estaba enamorado de una rica heredera, de nombre Ormesinda. Al morir su madre Ricardo fue obligado por su progenitor a tomar los hábitos en Portacoeli. Pero no por ello menguó el amor de los dos jóvenes. Ormesinda acudió a la cartuja donde estaba su amado y, en una oscura noche, en medio de una gran tormenta, cruzó el acueducto ante el pasmo de su enamorado que pudo ver la fantasmal silueta de la joven sobre los elevados arcos. Él salió a su encuentro y la llevó hasta su celda, donde dieron rienda suelta a su amor hasta que fue descubierta la presencia de la muchacha en el interior de la cartuja. Enterado el prior de la insólita presencia de una mujer en su cenobio, los detuvo y los encerró en sendas mazmorras. Luego condenó a Ormesinda a morir envenenada y a Ricardo a perecer de hambre en una lóbrega celda. Al enterarse el padre de Ormesinda de lo ocurrido, se dirigió a Portacoeli. Al llegar a la cartuja se encontró con el fúnebre cortejo que llevaba al cementerio el cadáver de su hija. Desesperado de dolor, en un arrebato de ira, dio muerte al prior y dispersó la comitiva. Luego clamó contra la cartuja, afirmando que ya no volvería a llamarse Puerta del Cielo.

El poema termina con estos versos:

*“¡Oh muros, oh claustros, morada de muertos!
Ordenan los padres del pueblo, y la ley,
que vuestros hogares se queden desiertos
sin jefe tirando, sin mísera grey.”*

Se comprende fácilmente que el poema era una diatriba llena de resentimiento contra la vida monástica, cuya supresión se había ordenado hacía poco. Recordemos que la Desamortización de Mendizábal había tenido lugar un año antes. Y es muy posible que esta composición de Juan Arolas inspirase a Vicente Boix uno de los episodios de su famosa novela “*El encubierto de Valencia*”, publicada quince años más tarde y en la que también aparece la figura de una mujer que cruzaba el acueducto y entraba por él a la cartuja. La acción de la novela de Boix transcurre en el siglo XV, pero en este caso la mujer que entra al monasterio por el acueducto lo hacía para llevar hasta la celda de un anciano monje un niño fruto de sus amores con el rey, para dejarlo bajo el amparo y protección del viejo cartujo. Al salir del cenobio era descubierta sobre el acueducto por los enemigos que la habían seguido y estos la abatían con un certero disparo de arcabuz.

7.-Las cárceles

En cada claustro encontramos una cárcel. Estas viejas mazmorras tiene como mesa una losa de mármol empotrada en la pared y como cama un duro banco de ladrillos. En las paredes se distinguen pentagramas con música gregoriana y se ven cientos de inscripciones

en prosa y verso en varios idiomas, siempre con temas de amor y esperanza, nunca con rencor o desesperación. Se distinguen calendarios y al final de algunos se lee *obit* (murió).

-----o-----

Veamos ahora algunos de los puntos importantes en los territorios que fueron de señorío de la Cartuja desde tiempo medieval:

La Pobleta

Está a 2 km de la Cartuja y en una pintoresca situación. Originalmente fue un caserío árabe y en el siglo XIV se edificó por orden del Cister un castillo que se rodeó de casas. Permaneció bajo el señorío de los priores de Portacoeli, que ejercían la jurisdicción civil y criminal. A fines del siglo XV se despobló el caserío, se derrumbó su molino harinero y quedó únicamente el castillo, que sufrió grandes transformaciones, aunque todavía se conservan sus muros de 2 m de espesor en el pabellón NO.

Tras la desamortización de la cartuja y sus propiedades La Pobleta fue comprada por Lino Alberto Reig en 1872 y éste construyó el actual edificio sobre el antiguo caserío pero conservó intactos sus muros originales. Y, por último, en 1926 la compró José Noguera, empresario y miembro de una conocida familia de la burguesía valenciana, que volvió a reformar La Pobleta hasta dejarla casi con el mismo aspecto y el mismo mobiliario con el que ahora la conservan sus descendientes. Y así la encontró el Presidente de la República Manuel Azaña, cuando en 1937 se trasladó de Barcelona a la capital del Turia y se instaló en La Pobleta durante medio año.

La Masía de la Torre

Era una finca de 330 ha. de viñedo, con una torre y casas sobre una loma. Se hacían los famosos vinos *abocats* de la Cartuja en la bodega gótica que todavía existe y se dice que es del tiempo de Bonifacio Ferrer. Se sabe que los soldados de Felipe V abrieron aquellas pipas de vino. Y es que en el siglo XVIII, según Cavanilles, el vino de Portacoeli era el mejor del reino. El visitante puede observar los lagares y la torre, con sus arcos ojivales y sus canes góticos (ménsulas) de piedra, en los que aparecen talladas unas cabezas de monje.

La Casa Blanca

La Torre no era suficiente para atender el cultivo de los extensos terrenos propios de la Cartuja y se edificó la Casa Blanca, cerca de Bétera.



Bodega gótica en la Masía de la Torre

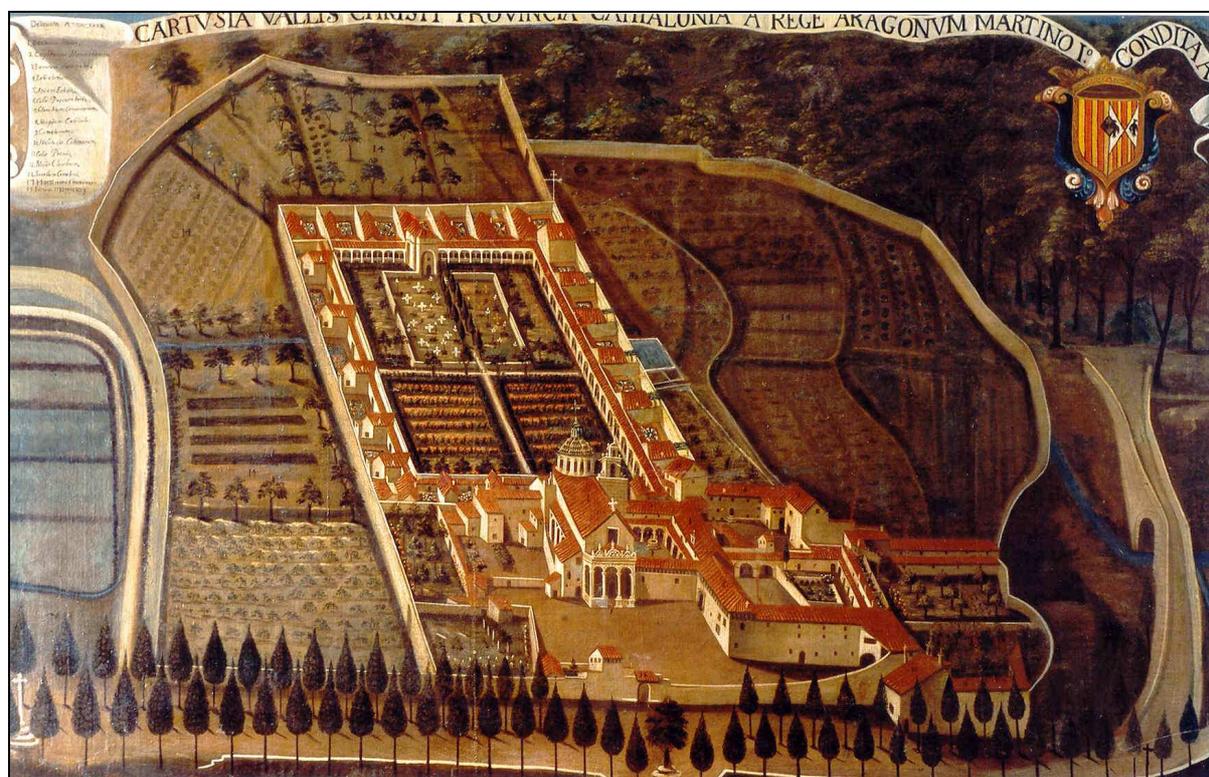
LA CARTUJA DE LA VALLDECRIST

Fue fundada en el año 1385 por el infante Don Martín de Aragón, después llamado Martín el Humano, hijo de Pedro IV el Ceremonioso, con bula papal de Clemente VII.

Entre las motivaciones que impulsaron a don Martín a la fundación importa subrayar el carácter devoto del aquel futuro rey, hasta el extremo de que se había granjeado el sobrenombre de *l'Eclesiàstic*, por más que luego fuera conocido como El Humano. Martín destaca por su profunda religiosidad; fervorosamente devoto, acostumbraba a entregarse a la lectura piadosa y a la oración personal en línea con las nuevas formas de religiosidad de su tiempo, que conoció de primera mano a través del trato con personalidades como san Vicente Ferrer, Francesc Eiximenis o Antoni Canals. Además fue un admirador del monacato, en especial de las órdenes dedicadas a la vida contemplativa, a las que favoreció con su apoyo y en las que buscó refugio y sosiego en momentos de tribulación. Otra razón, ésta de especial importancia, es que el futuro rey se incorporó a la oleada de fundaciones monásticas patrocinadas por las casas reales y la alta nobleza de Europa del momento.

El lugar elegido fue la Valldecríst, y la leyenda cuenta que se denominó así porque el valle se asemeja al valle de Josafat que se le apareció en los sueños al Infante Martín el Humano como lugar ideal donde debería fundar un monasterio cartujo. La realidad es que aquel emplazamiento se situaba en el núcleo de las posesiones asignadas al infante Martín y su esposa, María de Luna, y le aseguraba una posición de privilegio en la pequeña diócesis de Segorbe.

A la nueva cartuja se le otorgó el rango de fundación real y fue dotada con el señorío de los lugares de Altura y de Alcublas, además de rentas de otros lugares. Adicionalmente, con el tiempo su poder se fue incrementando con patrimonio, donaciones, gracias reales y papales, y privilegios. Así, este magnífico conjunto monástico tuvo su desarrollo a lo largo de seis siglos. En origen era de estilo gótico y durante el siglo XVII sufrió importantes transformaciones estilísticas.



En el año 1386 comienza la edificación del claustro primitivo, luego llamado de los Conversos, ya desaparecido. Posteriormente en el año 1399 se procede a la construcción de un nuevo claustro mayor, todo de estilo gótico. En el lado norte del primer claustro y frente a la puerta de la capilla, junto al horno y la *conrería*, estaban las celdas de los reyes con acceso a través de una escalera. Efectivamente, Martín el Humano y la reina María de Luna pasaban algunas temporadas en la cartuja. Entre las celdas de Martín I y su esposa y la capilla de san Martín se construyó un pasadizo elevado que conducía directamente a las dos tribunas situadas en el muro meridional del templo, donde todavía se veían sus improntas hasta los años ochenta del pasado siglo. La iglesia de San Martín, que se conserva, fue dedicada al santo patrón del rey, se puso su primera piedra en el año 1386 y fue consagrada el 13 de noviembre de 1401.

Pere Balaguer, el constructor de la Puerta de Serranos y de iglesia de Santa Catalina, que trabajó en la construcción de la catedral de Valencia y del Miguelete, era maestro mayor de las obras de Valldemulder desde 1398, y dejó las obras de la cartuja para dedicarse a sus trabajos en la torre de Serranos, lo que le valió una buena reprimenda del rey Martín y la orden de volverse a poner al frente de los trabajos so pena de una fuerte multa de 500 florines.

El Claustro de San Jerónimo o de la Cisterna debió comenzarse a principios del siglo XVII. Era una pieza fundamental en la vida cenobítica cartujana, ya que a él se abrían las dependencias de Iglesia Mayor, Capillas, Aula Capitular, Refectorio y Coloquio. Estaba cerrado este claustro por arcos de mármol de varios colores soberbiamente trabajados. Las puertas también de mármol que daban acceso a las piezas circundantes se realizaron en 1800.

El conjunto monástico de Valldecríst fue abandonado tras la desamortización de 1835, y este hecho es el último hito de la azarosa historia de un cenobio real que progresivamente había perdido la misión para la que fue erigido. La desmembración de su patrimonio mueble, la dispersión del archivo y la biblioteca con que debió contar, y el proceso de ruina inexorable puesto en marcha hace casi doscientos años han hecho añicos su historia, y la labor de generaciones de estudiosos no ha bastado para recomponer el cuadro de aquella espléndida fundación real.

En la actualidad quedan en pie la iglesia de San Martín y la iglesia Mayor, en la cual aún se ven los tres lienzos de la portada y laterales. La capilla de San Martín es uno de los espacios más singulares de la cartuja tanto por el relativo buen estado de conservación, en comparación con otras dependencias monásticas, como por los interrogantes que plantea la construcción y la función que pudo desempeñar en la época fundacional. Llama la atención que hasta fechas bien recientes apenas se haya avanzado en el conocimiento de esta capilla.



Cartuja de Valldecríst. Iglesia Mayor e iglesia de San Martín.

Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente, fue cartujo en Portacoeli y Valldecríst, fue prior y general de la Orden, y es ejemplo de la acción de la intelectualidad eclesiástica en la Europa medieval. Su acción religiosa y civil fue abundante y abierta al mundo del conocimiento, y hay que tener en cuenta la importante formación intelectual de este valenciano, lograda en las mejores universidades y con ilustres maestros.

Bonifacio Ferrer Miquel nació en la casa familiar de la calle del Mar en 1355. A los nueve años de edad tuvo un beneficio eclesiástico instituido en la Catedral de Valencia y a los trece el de Santa Ana en la iglesia de Santo Tomás Apóstol, lo que indica que en su niñez se orientó hacia la carrera eclesiástica. Estudió en la universidad de Perugia, donde permaneció casi seis años y tuvo como tutor al célebre jurisconsulto Baldo de Ubaldis. Después se

trasladó a Lérida, donde cursó los estudios superiores de ambos Derechos, volviendo a Valencia con el grado académico de *doctor in decretis* y el título de *legum professor*. No optó finalmente Bonifacio por el estado eclesiástico, sino que, al año de volver de la Universidad casó con Jaumeta Despont, una doncella de distinguida familia, y tuvieron su domicilio familiar en la calle del Miguelete con sus once hijos, cuatro varones y siete hijas. Bonifacio ejerció de jurisconsulto en Valencia, con su título de doctor, y fue tal su prestigio como letrado que el obispo de Valencia le designó responsable de la cátedra de Derecho Canónico del palacio episcopal, trabajo que compatibilizó con el ejercicio de la abogacía. Su categoría como jurista lo llevó a ser abogado de la Curia e hizo que los Jurados de la ciudad lo nombraran asesor del Justicia Criminal y, dos años después, abogado del *Consell* de la Ciudad. Más tarde fue elegido Jurado del *Consell*. Ocupando esta magistratura de la ciudad, Bonifacio fue enviado como Síndico a las cortes de Monzón, lo que dio lugar a verse inmerso en un largo y desagradable proceso penal. Además tuvo que pasar por una amarga época al morir en su casona de Alfara del Patriarca, víctimas de la peste, todas sus hijas y dos de sus hijos, y, al año siguiente, su esposa. Todos estos infortunios le llevaron a vender sus propiedades, distribuyó sus rentas, dedicó una cantidad para obras pías, renunció al mundo y tomó el hábito cartujo a los cuarenta y un años de edad en la cartuja de Portacoeli. Allí, su preparación eclesiástica previa y la altura de conocimientos en derecho canónico que le eran reconocidos, le permitieron una rápida profesión y que pudiera ordenarse sacerdote en 4 meses. Fray Bonifacio alcanzó una gran reputación en la orden de San Bruno. Fue designado Maestro de novicios, después Procurador y más tarde, por elección, Prior de la cartuja de Portacoeli. Fue consejero de su antiguo amigo Benedicto XIII, y a los seis años de profesar en la religión cartujana fue elegido General de la Orden y pasó a residir como General en la Gran Cartuja de Grenoble. La orden cartujana, como todas las comunidades de la iglesia de aquellos convulsos años, se encontraba dividida entre la obediencia al papa de Aviñón y al de Roma, por lo que finalmente y buscando la unión, fray Bonifacio dimitió y volvió a España, instalándose en la cartuja de Portacoeli, pero enterado Benedicto XIII, ordenó a fray Bonifacio continuase en su puesto, aumentando sus poderes, a lo cual obedeció. Bonifacio volvió a España, y elige la Cartuja de Valldecríst para fijar su residencia como General, fundada 25 años antes, y desde allí asistió a diferentes capítulos en la Gran Cartuja de Grenoble y recorrió gran parte de Europa. En Valldecríst se dedicó a la vida contemplativa, al estudio y a escribir y desde allí se trasladaba a Portacoeli. Es de especial interés y significación en la biografía de Bonifacio Ferrer su protagonismo en la solución del problema sucesorio que se planteó en la Corona de Aragón en 1410, tras la muerte del rey Martín el Humano, sin dejar heredero, lo que quedó solventado en el Compromiso de Caspe, donde participaron nueve personalidades del mayor prestigio en momento, dos de los cuales eran cartujos de Portacoeli: el valenciano Bonifacio Ferrer y el aragonés Francés de Aranda. En 1412 Bonifacio tiene 57 años y es visitado en Valldecríst por su hijo Juan, el único superviviente de los 11 hijos que tuvo, y que era licenciado en Derecho, pidiéndole ser admitido como cartujo, y tiempo después él mismo le dio la profesión. En 1415 Bonifacio consagra el claustro mayor de Valldecríst y él mismo sería el primero en recibir sepultura en aquel lugar.

El 29 (24 o 27 según otros autores) de abril de 1417 muere Bonifacio Ferrer a los 62 años de edad en la cartuja de Valldecríst, dos años antes de que falleciera en tierras de la Bretaña francesa su hermano Vicente. Fue enterrado en el cementerio nuevo, en el claustro grande de aquel monasterio, junto a la torre y ermita de las Almas, y con una cruz de piedra sin inscripciones. Los cartujos, al sepultar a sus religiosos, por ilustres que hayan sido, no colocan lápida ni monumento que indique el lugar de descanso, sino una sencilla cruz. En el siglo XVI los monjes de Valldecríst quisieron dar a los restos de Bonifacio un sepulcro más distinguido, pero el Prior no dio su autorización porque tal acción contravenía las costumbres de la Orden. No obstante el que la cruz fuera lisa y sin grabar pero "*en todo diferente a las demás*", como leemos en las viejas crónicas del monasterio, y el que se situara la sepultura en un punto tan peculiar del claustro no dejaba de constituir un tratamiento especial, comprensible en el caso de un personaje tan importante para la historia de la Cartuja, la Corona de Aragón y la Iglesia. Así, existen claras citas en las viejas biografías de fray Bonifacio que muestran que la memoria del lugar en que fue enterrado el insigne Prior y General se había transmitido por tradición de unos monjes a otros, y algunos, como el P. Alfaura y el P. Vives, lo consignaron en sus manuscritos. En 1835 se produce exclaustación y Valldecríst pasa a manos particulares. Sesenta años después la cartuja está sumida en el abandono, con sus edificios arruinados. El cementerio claustral quedó convertido en un campo de olivos entre ruinas, salvo una zona sin plantar, que estaba cubierta por las ruinas de la torre de las Ánimas. En aquellos momentos José Morro, notario de Segorbe y admirador de Bonifacio Ferrer, estaba escribiendo la historia de la cartuja de Valldecríst. Morro persiguió con insistencia la idea de buscar los restos de Bonifacio Ferrer y, alentado por el obispo de aquella diócesis, Francisco de Asís Aguilar, logró coronar sus trabajos. El lugar donde según los documentos antiguos había sido enterrado fray Bonifacio estaba cubierto de restos de derrumbes de la torre de las Ánimas y los muros de la cartuja, y no se había empleado en los últimos cincuenta años, como el resto del claustro, para cementerio de Segorbe, por lo que de haber, solo habría enterrados cuerpos de cartujos. El 10 de abril, miércoles Santo, a las 5,30 de la tarde, el notario mandó excavar en la zona que decían las crónicas, y encontró a 2,5 m de profundidad un esqueleto que en opinión del Sr. Morro, era de fray Bonifacio. Las autoridades y vecinos de Altura mostraron su deseo de poseer aquellos restos, por haberse encontrado en su término, así que los despojos encontrados se pusieron en una caja y se entregaron a la iglesia parroquial alturense. Veinte años después, en 1915, el obispo de Segorbe, Fr. Luis Amigó, visitó Altura y recomendó para sepultura de Bonifacio un lugar más especial, como la Cueva Santa, donde se venera una imagen de la Virgen que según la tradición fue esculpida por Bonifacio Ferrer. Fr. Amigó inicia una suscripción y se construye un sepulcro neogótico en la capilla de la Comunión del ermitorio de la Cueva Santa. En 1917 se conmemoraba el V centenario de la muerte de Bonifacio y se organizó en traslado de los restos desde Altura a la Cueva Santa, asistiendo 25.000 peregrinos. Llegó el fatídico 1936 y al poco de iniciarse la contienda varios grupos vandálicos llegaron a la Cueva Santa y destrozaron todo lo que pudieron y quisieron. Al llegar a la tumba de fray Bonifacio la abrieron, profanaron sus restos mortales y esparcieron sus cenizas al aire. La imagen de la Virgen quedó igualmente destrozada. En 1955, al cumplirse el VI Centenario del nacimiento de Bonifacio, se erigió un monumento funerario en el cerro que se alza junto a la Cueva Santa y se reconstruyó, vacío, el sepulcro de aquel sabio cartujo, hermano de San Vicente Ferrer.



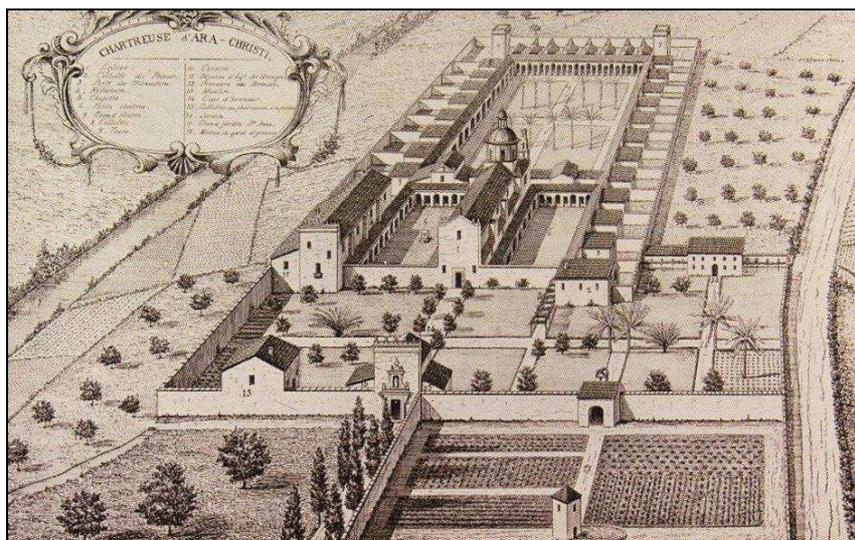
Bonifacio Ferrer

LA CARTUJA DE ARA CHRISTI

La Cartuja de Ara Christi se encuentra en la comarca valenciana de l'Horta Nord, a las afueras de la localidad del Puig, muy cerca del famoso monasterio de Santa María.

La historia de Ara Christi empieza el 2 de noviembre de 1582, cuando hace testamento Elena Roig, una dama perteneciente a una familia acomodada de la ciudad de Valencia y viuda del caballero valenciano Gaspar Artés. Ante el notario Jaume Ferrer y de tres presbíteros de Valencia, doña Elena, manifiesta encontrarse indispuesta, pero con buen talante y palabra y, al mismo tiempo que revoca y anula todos los testamentos, codicilos y otras últimas voluntades hechas antes, redacta su último testamento que es la origen de la construcción de la nueva cartuja. Doña Elena tenía un hermano llamado Cristòfol Roig, que era inquisidor apostólico en Zaragoza y canónigo chantre de la catedral de Valencia. Probablemente Mosen Cristófol fue quien inspiró en su hermana el especial afecto que doña Elena profesaba a la orden de los cartujos, y que esta buena señora puso de manifiesto en su testamento, ya que en las cláusulas de su texto testamentario fija la cartuja de Valldecríst como lugar elegido para su sepultura y la de su hermano Cristofol, y lega a Valldecríst una alquería situada cerca del Puig, llamada de mosén Roig, con sus tierras y un molino harinero.

Pero aquella indisposición que indujo a doña Elena a hacer testamento no la llevó a la tumba y finalmente la heredad nunca pasó a los frailes de la cartuja de Altura, ya que dos años más tarde de aquel testamento, la señora hizo un codicilo que revocaba las cláusulas en las que legaba a Valldecríst la alquería, el molino y las tierras. En su nueva decisión testamentaria doña Elena dejaba esas propiedades a la Orden Cartuja para que allí mismo se fundara un monasterio que recibiera el nombre de Nostra Señora de Ara Christi: "*sia fundada casa de cartuxos per a que allí sia fundat monestir que se alabe lo nom de Nostre Señor Déu per a tots los temps*". Y lo lega con la condición que la nueva casa cartujana sea autónoma y no dependa de otro monasterio de la Orden.



Cartuja de Ara Christi

Parece que esta dama, de profunda religiosidad, estaba relacionada estrechamente con el cartujo ermitaño Pere Muñoz, el franciscano Jaume Sanchis y el dominico fray Doménech Anadón, y además era su confesor el jesuita Martí Alberro, muy influyente en las decisiones de aquella señora. Se piensa que unos y otros influyeron en el ánimo de doña Elena a través de Mosen Cristòfol, su hermano canónigo, para que tomara la inicial decisión y también para que la variara en el posterior cambio de parecer. Tampoco deberemos olvidar a otra persona que tuvo mucho que ver en aquella actitud. Se trata de Isabel Joan Amigó, hermana de un cartujo –fray Joaquín Amigó– que más tarde sería prior del nuevo monasterio de Ara Christi.

Doña Elena murió el 1 de abril de 1585 y seis días después fray Sanxo Anyó, fray Joaquim Amigó y fray Miquel de Vera (primer prior) toman posesión de la hacienda, acto que quedó refrendado por el capítulo General del Orden del mismo año y por el arzobispo Juan de Ribera un año después. A partir de entonces empieza la vida del nuevo monasterio, no sin complicaciones por la falta de aportaciones económicas y porque la herencia de la fundadora no incluía ninguna renta para el mantenimiento del cenobio, y por eso, los primeros años de vida de Ara Christi estuvieron presididos por la precariedad económica y la actividad constructiva fue escasa, pero no nula, ya que los ingresos, al menos, posibilitaron una cierta estabilidad y algún crecimiento del cenobio.

Esta situación cambió entre 1600 y 1614 con la considerable herencia del obispo de Urgell –que había sido fraile cartujo– y las generosas donaciones de un notario de apellido Bernich, lo cual permitió a la cartuja de Ara Christi la compra de fincas colindantes y la construcción de una parte del claustro primitivo. A continuación, siendo prior fray Francesc Almenar (1615-1624) se acometió la planificación y en 1621 la construcción de un nuevo monasterio, siguiendo básicamente el trazado de la cartuja zaragozana de Aula Dei, lugar de donde venía Almenar. A partir de entonces y superando dificultades, durante cincuenta años fue completándose la fábrica poco a poco, y Ara Christi se convirtió en una de las obras más singulares de la arquitectura religiosa valenciana de mediados del siglo XVII por su avanzado repertorio constructivo y por su innovador programa ornamental.

En el año 1656 el rey Felipe IV le concede el título de Real, y la vida en la cartuja de Ara Christi fue transcurriendo tranquilamente, con excepciones como la Guerra de Sucesión donde los cartujanos se alinearon al bando austracista.

Es poco conocido el contencioso que se mantuvo entre la cartuja de Ara Christi y el Mariscal de Campo y Superintendente del Reino de Valencia don Rodrigo Caballero e Illanes, y que llevó a la excomunión de aquel noble andaluz y hombre de confianza de Felipe V. Don Rodrigo nos vendrá al recuerdo cada vez que pasemos por la Alameda y miremos hacia las dos torres para la guardia mandadas construir por este político borbónico, que fue el impulsor de la construcción del paseo barroco de la Alameda.

Fue en 1717 cuando los guardias de la renta –agentes análogos a la contemporánea policía de aduanas– sorprendieron y apresaron en la playa de El Puig un carro de la cartuja de Ara Christi que había sido cargado con sal de contrabando procedente de un barco inglés fondeado aguas adentro.

Los guardias apresaron a los carreteros y llevaron el carro a Valencia, donde don Rodrigo hizo encarcelar a los mozos y los condenó a ser azotados. Los frailes cartujanos alegaron tener inmunidad ante la autoridad civil y pidieron protección al vicario general del Arzobispado, ya que estaba ausente el arzobispo Folch de Cardona, huido de Valencia por su tendencia antiborbónica.

El vicario episcopal, también contrapuesto a las autoridades del nuevo gobierno de Felipe V, atendió el recurso de los cartujos y, tras oír la opinión del fiscal, amenazó al Superintendente con decretar la excomunión contra él si en tres horas no ponía en libertad a los trabajadores de la cartuja y devolvía el carro de sal a los religiosos. D. Rodrigo hizo valer su calidad de caballero de la Orden de Santiago ante la Audiencia, la cual pidió al vicario que se inhibiese, pero éste dio por mal planteado el asunto y publicó desde el púlpito de la catedral la excomunión del Superintendente, fijando el edicto en la tablilla que al efecto estaba en la capilla catedralicia de San Pedro, situada junto a la que en la actualidad alberga el Santo Cáliz.

La Audiencia volvió a instar al Vicario general para que revocase la excomunión, amenazándole con exiliarlo e incautarse de las rentas del Arzobispado, pero el Vicario General lanzó una nueva excomunión contra todos aquellos que obstaculizaran el ejercicio de su autoridad. El asunto llegó al Consejo Supremo de Castilla y pronto, tres escuadrones de caballería llegaron a los domicilios del Vicario episcopal y otros cuatro canónigos, rodearon las casas y se les notificó su expulsión de España.

Don Rodrigo, que seguía sin mostrar intención de entregar a la Cartuja el carro y las mulas, ni de sacar de la cárcel a los criados, solicitó al nuncio de Su Santidad que se le levantara la excomunión, que tanto daño podía hacer a su carrera política, y al mismo tiempo desde Francia el vicario episcopal y los cuatro canónigos pedían al Rey su indulto. Ambas mercedes fueron concedidas dos años después y el contencioso acabó con una comida en Barcelona a la que el Superintendente invitó a los cinco canónigos.



Cartuja de Ara Christi

Otra marejada en la vida de Ara Christi en el siglo XVIII fue la creación de la Congregación Nacional de las Cartujas Españolas, que suponía la separación de la obediencia a la Grande Chartreuse de Grenoble.

El siglo XIX empezó con la primera exclaustación, debido a la invasión francesa. La segunda exclaustación vino durante el gobierno del Trienio Liberal y la última y definitiva provocada por la desamortización de Mendizábal de 1835, por la que la comunidad de cartujos es suprimida y pasó el monasterio a manos privadas.

En 1995, una empresa privada había proyectado su restauración, pero vendió la cartuja a otra firma privada. En 1996 Ara Christi fue declarada por el Gobierno Valenciano Bien de Interés Cultural y en el año 1999 se emprendió la recuperación de la cartuja por la iniciativa privada en colaboración con las autoridades locales.

En la actualidad, la cartuja de Ara Christi es propiedad de una empresa inmobiliaria que ha realizado intervenciones para la protección de este monumento histórico, algunas de las cuales han sido cuestionadas y criticadas desde la Universidad, y ha creado un complejo hostelero, deportivo y de ocio, gestionado por una empresa de hostelería.

Los espacios que ofrece la cartuja de Ara Christi son el antiguo refectorio de los monjes, la antigua iglesia, el claustro mayor, completamente restaurado, dos claustros menores, sala capitular, portería y cuadras.

A la portería se llegaba después de recorrer un camino flanqueado de olivos, donde antes había cipreses. Se compone de un habitáculo de dos cuerpos con otras tantas portaladas. Alrededor de la portería se organizan una serie de dependencias auxiliares distribuidas en una contrafachada que da acceso a un patio espacioso, a partir del que se desarrolla el recinto monástico propiamente dicho. De este patio destacan la celda prioral en la esquina derecha, el imponente refectorio a la izquierda y la iglesia en el eje central.

De la iglesia vamos a destacar su fachada, muy severa, y la distribución de su interior con cabecera, nave central con pilastras corintias, capillas laterales separadas de la iglesia como es habitual en los monasterios cartujanos, y un crucero rematado por una cúpula, una de las primeras cúpulas extradosadas construidas en tierras hispánicas desde la de El Escorial. Los esgrafiados policromados (*ca.* 1642) se consideran los mejores y más antiguos que se han fechado en tierras valencianas. El trasaltar es una pieza capital de la cartuja donde participaron algunos de los artífices más calificados de la época.



Cartuja de Ara Christi. Iglesia.

El claustriillo de levante está construido con piedra de Godella, como los otros claustros, y alrededor de este espacio se organizan varias estancias: la Capilla de los difuntos, las Capillas gemelas, Consagradas a la Virgen del Pilar y de San José y la Celda del prior.

El gran claustro mayor –antiguo cementerio de los frailes– sirvió de inspiración para los dos más pequeños de los laterales de la iglesia, y ha perdido parcialmente dos corredores, aspecto que no le ha restado importancia a su arquitectura al conservarse un alto porcentaje de la obra pétreo.

Las celdas originales eran grandes y se inspiraron en las de la cartuja de Valdecris, y la torre, que era la pareja de otra idéntica que se levantaba en el ala nordoccidental y hoy desaparecida, se remata de forma similar a monumentos coetáneos como el Monasterio de Santa María del Puig, del Colegio del Corpus Christi o del monasterio de San Miguel de los Reyes de Valencia. El trasagrario se sitúa en la espalda de la capilla mayor de la iglesia está totalmente decorada con esgrafiados bícromáticos de lenguaje renacentista. La sacristía, excepcionalmente espaciosa, está ubicada en el lado del trasagrario.

El claustriillo de poniente es simétrico al de levante. El locutorio está rematado con una cúpula y da paso a la capilla de Santa Ana. El refectorio es una de las más piezas más imponentes del conjunto, con esgrafiados bícromos de 1678 y un arquitrabe denticulado que queda rematado por la testera de una Santa Cena de inspiración leonardiana. Todo ello enmarcado en un magnífico marco de madera.

LA CARTUJA DE SANTA MARÍA DE BENIFASSÁ

Ciertamente, en la Comunidad Valenciana podemos descubrir lugares donde la naturaleza en su estado más puro es capaz de sobrecogernos. Una de esas zonas es la Tinença de Benifassá. Situada en la porción más septentrional de nuestra Comunidad, lindando con las provincias de Tarragona y Teruel, allí se dan cita paisajes de una increíble majestuosidad

Decía Cavanilles:

“La grande idea que se tiene de lo fértil, ameno y poblado del reino de Valencia parece exagerada y aun falsa si se entra por Aragón. Erizado de montes los más altos y fríos, sembrado de cerros que dejan entre sí barrancos y cañadas, privado en fin de las aguas que podían facilitar mejoras en los campos, cuenta pocos vecinos respecto a su extensión, y estos reducidos a mantenerse con un corto número de producciones.”

El mejor acceso es, desde la autopista A-7, el que enlaza con la carretera que une la población de Vinaroz con el puerto de Torre Miró, pasando por San Rafael del Río y la Sénia. Esta carretera llega, tras dejar a la izquierda el desvío a la Poble de Benifassá, hasta El Boixar.

En la actualidad la subcomarca de la Tinença de Benifassá pertenece a la comarca del Baix Maestrat en la provincia de Castellón y cuenta, administrativamente, con dos municipios: Castell de Cabres y La Poble de Benifassá y siete pueblos: Poble de Benifassá, Bellestar, Bel, Fredes, El Boixar, Coratxar y Castell de Cabres.

La Tinença es una de las zonas más aisladas y olvidadas de la Comunidad Valenciana. Sus pueblos y caminos no tuvieron luz eléctrica ni carreteras hasta entrada la década de los 50. Corratxar, Boixar, Castell de Cabres y Fredes están casi abandonados. Sólo la Poble de Benifassá y El Bellestar dan la sensación de actividad durante todo el año.

La preservación de la Tinença de Benifassá ha sido posible debido a que durante siglos esa zona se mantuvo al margen del desarrollo económico. En este sentido podemos afirmar, sin dudar, que se trata de un lugar sin comparación con el resto de la Comunidad. Los barrancos, de geografía tormentosa, con agudas vertientes y cortados donde la erosión ha ido moldeando caprichosamente las grandes moles calizas, contrastan con los suaves altiplanos situados a más de 1.000 m de altitud y en muchos casos armonizados con pequeños rincones dedicados a cultivos agrícolas tradicionales.

En la Tinença de Benifassá la naturaleza nos tiene reservada una de las sorpresas ambientales y culturales más emocionantes de nuestro patrimonio natural. A ello contribuye de alguna manera el hecho de que, en una extensión de alrededor de 180 km², actualmente sólo estén censadas unas 240 personas, lo que supone una de las tasas de densidad de población más bajas de Europa: 1'3 h/km². Uno puede viajar por esa región durante días con la casi completa seguridad de no encontrarse en los caminos a ningún otro ser humano.

En 1233, cinco años antes de la conquista de Valencia, Jaime I autoriza a Poblet para fundar un monasterio cisterciense en Benifassá, y ese mismo año los monjes se establecieron

provisionalmente en el cercano castillo musulmán de Beni-Hassan en el cerro de Santa Escolástica y poco después comenzaron las obras del nuevo monasterio.

La donación de Jaime I a los monjes del Cister tuvo que ver con el largo lance de amor que el rey conquistador tuvo con doña Teresa Gil de Vidaurre y que le llevó a un tremendo conflicto con fray Berenguer de Castelbilbal, obispo de Gerona que había sido confesor suyo y a quien mandó cortar la lengua, por lo que el monarca fue excomulgado, y para que el papa le concediera la indulgencia don Jaime tuvo que hacer en Lérida pública expresión de arrepentimiento –cosa que nunca cumplió– y comprometerse a finalizar la construcción del monasterio de Benifassá, además de dotarla y hacer otras generosas prebendas,

El monasterio en construcción iba a ser la primera fundación de la orden del Císter en tierras valencianas y se empezó a construir siguiendo el modelo cisterciense del monasterio de Poblet, aunque a menor escala.

El impulso dado por el rey y la propia vitalidad del monasterio de Poblet, junto con la valía de los primeros abades de Benifassá, dieron lugar a que muy pronto cobrara importancia aquella fundación cisterciense. La donación real tenía la figura jurídica feudal de tenencia –*tinença*–, usufructo con determinadas prestaciones, sin propiedad. El monasterio fue uno de los más ricos del reino tuvo siglos de auge y esplendor, y tenía poder feudal sobre la *setena* (siete municipios) de la Tinença.

Los abades de Benifassá eran mitrados y tenían su puesto entre los representantes de la Generalidad por el estamento eclesiástico. De hecho, Fray Juan Gisbert, abad del monasterio cuando se decoró el gran salón del palacio de la Generalidad con pinturas murales, se halla representado en ellas. Todavía hoy existe el Molí del Abad, en la carretera de la Senia, transformado en hotel-restaurante..

El monasterio fue saqueado en la Guerra de Sucesión, y en la guerra del Francés el monasterio volvió a padecer saqueos y expolios, y más tarde, también en el siglo XIX perdió los privilegios feudales que mantenía sobre todo el territorio por concesión de Jaime I. Así, en 1835 tuvo que ser abandonado por la comunidad religiosa a causa de la exclaustación determinada por el decreto de desamortización del ministro de Hacienda Mendizábal, y la propiedad pasó a manos privadas.

Con las guerras carlistas, la Tinença pasó uno de sus más penosos episodios en aquellos siete años de guerra civil durante los que la comarca fue uno de los centros neurálgicos de la prolongada campaña. Esas montañas fueron el ámbito de la insurgencia, su cuartel general, la base de los guerrilleros y lugares de emboscada y rápida retirada. A los pies del Tossal d'En Canader (1393 m), su segunda más alta cima, se encuentra el Mas Blanc, un conjunto de casas abandonadas, que fue el cuartel general de Cabrera.

En aquella confrontación civil entre españoles, el monasterio fue prisión para dos mil soldados del general Pardiñas y tumba desesperada de casi todos ellos, tras la derrota que les infligió Cabrera en la batalla de Maella. El general carlista distribuyó los 5.000 prisioneros entre Morella, Forcall y Benifassá, y los que no fueron fusilados padecieron el tormento del hambre. De los dos mil que entraron en el monasterio en diciembre de 1838 sólo

sobrevivieron doscientos cuando en marzo del año del año siguiente se produjo un canje de prisioneros en Onda. Eran esqueletos vivientes y cada mulo llevaba en sus serones dos o tres de aquellos desgraciados. Al verlos llegar, el militar al frente de la comisión isabelina exclamó indignado: *“El canje, cabeza por cabeza es inicuo; para ser justo debería hacerse al peso”*.

En 1841 el gobierno hizo erigir ante la puerta del monasterio una pirámide de piedra, conmemorativa de los prisioneros muertos en él. Casi cincuenta años después, Teodoro Llorente la vio: ya se habían borrado las inscripciones, pero el monumento seguía en pie. Hoy ya nadie recuerda el calvario que antes de morir pasaron aquellos 1.800 soldados en el gélido invierno de la Tinença de Benifassá hace exactamente ahora 176 años.

Las exclaustaciones dispersaron su tesoro artístico y su valiosa biblioteca, precipitando su ruina y la pérdida irreparable de un ingente patrimonio documental y arquitectónico, y así, el monasterio fue deteriorándose hasta alcanzar un alto grado de ruina. Y aunque declarado monumento nacional en 1931, el deterioro de los edificios continuó progresivamente al no emprenderse acción ninguna de restauración.

Menos mal que en la década de los cincuenta se dieron los primeros pasos para su recuperación al adquirir la Diputación Provincial de Castellón parte de los edificios. En 1960 la orden cartujana tomó posesión de aquellas ruinas y de los terrenos inmediatos y se llegó a un acuerdo con la Orden Cartujana, tras lo cual, gracias a los esfuerzos del padre don Alfonso Remy se emprendió la reconstrucción y restauración.

No puede hablarse de restauración en sentido estricto, dado el estado de las edificaciones. Incluso se levantaron partes nuevas. Tampoco se actuó siempre con una motivación de restauración fiel e histórica, sino que se intervino en función del nuevo destino del conjunto de edificios. Se puede afirmar, con todo, que fue respetada la estructura general del conjunto, y se estuvo especialmente acertado en la iglesia, en el claustro mayor, el pabellón así como en portadas, arcos y otros pormenores.

En 1967 fue ocupado por una comunidad de monjas cartujas españolas formadas en Italia, creándose así la única comunidad de religiosas de esta orden que hay en España. En la actualidad el Monasterio de Santa María de Benifassá es un gran recinto amurallado cuyo conjunto responde a los planteamientos originarios y en cuyo interior hay interesantes construcciones de los siglos XIII al XVI, con elementos del románico tardío en portadas y arcos. Originalmente se edificó siguiendo el modelo de Poblet pero con notables variantes y sin la monumentalidad característica de aquel. Las soluciones de Benifaçá dan al conjunto una gracia y esbeltez ausentes aún en el rigor de Poblet. El gótico primitivo de la sobria arquitectura cisterciense aparece en detalles decorativos del templo y sus ventanas.

El ala de acceso tiene la puerta real, flanqueada por la zona residencial de los abades, la de los reyes, la hospedería y la capilla. Por detrás de la puerta real, un espacioso patio da lugar en su parte izquierda a dependencias varias y claustros menores con los dormitorios. Este patio está marcado por el acueducto que lleva las aguas al claustro mayor y otras dependencias. En un claustro, junto a la actual entrada, hospedería y refectorio, se conserva uno de los elementos más característicos del monasterio: su torre cuadrada de dos

cuerpos, el inferior de los cuales más robusto y macizo, está abierto por un arco apuntado en cada lado. Se trata de un templete de una antigua fuente que suministraba agua a los aljibes. No lejos hay un pequeño claustro con arcos apainelados y una gran dependencia dormitorio.

Por detrás del ala citada, que se orienta al mediodía y en su parte derecha se encuentra el conjunto monástico propiamente dicho, con las dependencias comunes más representativas girando en torno al claustro mayor. En un ala del claustro se hallan las cocinas, el refectorio y otras dependencias. En otra, la sacristía vieja y la sala capitular.

La sala capitular fue construida a mediados del siglo XIV. La iglesia, iniciada en 1264, se alza paralela al lado opuesto del claustro y es la parte que mejor se conservó y también la mejor restaurada; es de una sola nave, con crucero –típico del gótico cisterciense– y ábside poligonal, sin cimborio; el campanario se alza entre el ábside y el crucero en el lado de la epístola. El cuerpo inferior es gótico, pero los otros dos y el remate en pirámide son de 1672.

CONCLUSIÓN

Y con estos últimos apuntes finaliza este recorrido por la historia y los lugares cartujanos donde late el espíritu de los hombres y mujeres de alma de una pieza, corazón bien templado, pensamiento elevado y entrega inconmensurable, que cuidan esas joyas del pasado valenciano hecho piedra. Acércate, erudito lector, a esas venerables cartujas de estas tierras, aunque ya sabes que en lo que late en el interior de estos monasterios no encontrarás nada o poco de lo que el mundo actual aprecia; tampoco la preocupación de ser diferente; sólo hallarás monjes contemplativos, hijos e hijas de San Bruno y, como él, solitarios, que desde hace nueve siglos buscan ser fieles a la llamada que han recibido de Dios.

El misterio de la Cartuja no se deja captar en unos instantes y, mientras tanto, en las cartujas del Reino de Valencia, día y noche, desde la soledad de la celda, unos hombres y mujeres valientes y generosos elevan al cielo la alabanza a Dios y en nombre de todos presentan a Dios el grito de sus hermanos los hombres.